

PILDORA Y SUBDESARROLLO

CARLOS QUESADA

LA población como elemento fundamental en la concurrencia de factores orientados hacia el aumento de producción y por lo tanto el crecimiento económico, ha sido generalmente tratada, por economistas, sociólogos y demógrafos con la frialdad objetiva del dato estadístico, dentro de un universo de ellos, sin tener presente que bajo este guarismo exacto y abstracto, se representaba algo más que una realidad matemática; una realidad social, una realidad humana.

Así, mientras que los economistas clásicos abogaban en su inmensa mayoría por un rápido crecimiento de la población, ya que como portadora de la fuerza del trabajo humano era indispensable y grandemente rentable en el proceso productivo, al realizarse la revolución industrial, causa y consecuencia de la revolución técnica, este factor deja de tener importancia en el anterior sentido y pasa a ser sustituido en grandes proporciones por la máquina. El panorama se transforma y lo que antes eran urgentes demandas de crecimiento de población, ¡población, más población a toda costa! exclamaba J. Towsend en 1786, son en la actualidad prudentes avisos de peligro, cuando no graves previsiones de catástrofe. Y así, el espectro de la "explosión demográfica", pasó al primer plano, cuando no a dominar, las políticas de decisión económica de la mayoría de los economistas, sociólogos y demógrafos, que vieron en la misma una barrera infranqueable para el cumplimiento de sus "planes-modelo" de crecimiento económico, dentro de las estructuras socio-económicas vigentes. Identificaron crecimiento de población rápido y subdesarrollo (sobre todo en las estructuras subdesarrolladas), llegando a enunciar una relación inversa entre desarrollo y población y, en algunas circunstancias hasta una antinomia entre ambas proporciones. Para ellos no existe otra forma factible de iniciar una política efectiva de desarrollo económico, sin el control riguroso de crecimiento de la población.

Se recarga la importancia de este factor, eludiendo la evidencia de que en la mayoría de los países enfrentados al problema de su desarrollo económico la densidad de población es mínima, la utilización de la tierra es pésima, baja la productividad, inexistente su mecanización, reducida la capitalización nacional, mínimos los niveles de ahorro y por lo tanto de inversión, escasa la industria, altos los índices de analfabetismo y enfermedad, sobre la alimentación, carente de efectos beneficiosos la ayuda internacional, que al mismo tiempo es mínima, y profundamente defectuosos las estructuras políticas y sociales. Por todo ello, es injusto, inmoral y anticientífico, el mantenimiento de posiciones radicales sobre el control a ultranza del crecimiento de población. No se puede aceptar "la píldora" como sustituto de las amplias reformas estructurales necesarias a escala internacional. El control de la natalidad, y la consiguiente disminución del crecimiento de población, es una conquista del hombre si se usa en su beneficio, pero por sí solo no supondrá nada, salvo si lo que se pretende es estancar la población (en cantidad y calidad) a los niveles actuales: miles de ricos gozando de nuestro mundo y millones de pobres padeciéndolo.

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL CRECIMIENTO DE POBLACIÓN

Muchos son los aspectos que distinguen y por lo tanto caracterizan a nuestro mundo, en relación con los mundos pasados. Pero son únicamente tres de ellos, de los innumerables existentes, los que a nosotros nos interesan en esta ocasión. Los tres han hecho posible coincidiendo sobre un mismo aspecto, la "explosión demográfica" que caracteriza como realidad y como problema al mundo moderno. Son éstos, el avance científico en el campo de la medicina, la velocidad de su crecimiento y el impacto de los medios de comunicación. El primero ha hecho posible una rápida disminución de la mortalidad y como consecuencia un también rápido crecimiento poblacional, el segundo derivación del primero representa unas tasas crecientes, "explosivas", de crecimiento demográfico, al tiempo que el tercero ha puesto esta realidad ante los ojos del mundo entero, produciendo de paso una toma de conciencia universal de este polifacético problema. Pero entre los tres citados, es la rápida velocidad de crecimiento lo que mayor impacto ha causado en la opinión pública; en esta hora en que todo es velocidad, impresionante velocidad, sea ésta en tierra, mar o aire, el proceso aceleratorio también nos afecta en el aspecto demográfico; crecemos a una velocidad aproximada de "once mil niños por hora".

Ya va para 2.000 millones de años que en la tierra apareció la

vida, de la que una de ellas, la vida humana, mostró una capacidad singular para influir sobre el medio físico que la rodeaba, imponerse al mismo, superarlo y organizarlo a su servicio, lo que le permitió crecer, lentamente al principio y a tal velocidad después, que a este fenómeno se le ha dado en llamar "explosión demográfica".

Philip Hauser ha descrito en términos dramáticos esta situación. "Se estima que durante unos 600,000 años del período paleolítico la población aumentó aproximadamente en un 0.02 por mil cada año. La tasa de crecimiento de la población mundial continuó acelerándose después de la segunda guerra mundial, de tal modo que en 1965 era aproximadamente de un 20 por mil anual. . . así, en el curso de la permanencia del hombre en el globo su tasa de población ha aumentado de un 2 por ciento, aproximadamente, cada mil años, a un 2 por ciento cada año, es decir, que la tasa de crecimiento se ha multiplicado por mil. . . Durante la segunda mitad de este siglo, habrá un aumento en la población del mundo superior al que se obtuvo en todos los milenios anteriores a la época presente".

La evolución de este crecimiento demográfico ha sido la siguiente. La población del mundo al comenzar la Era Cristiana ascendía a unos 250 millones de habitantes aproximadamente. A partir de este momento la población sigue creciendo y se calcula que para mediados del siglo XVIII era de unos 750 millones de personas. Las estimaciones de las Naciones Unidas para el año 1970 son de una población de 3,500 millones, que llegará a los 6,130 millones de personas en el año 2000. Luego en sesenta años, entre 1900 con 1,600 millones de habitantes y 1960 con 2,920 millones la población se duplicó. Y lo que es más grave aún, entre la actualidad con 3,479 millones de seres humanos y el año 2000, o sea sólo en 32 años volverá a duplicarse la población mundial. Como dice el ya citado profesor Hauser "la tasa de crecimiento de la población mundial no puede en forma alguna persistir durante mucho tiempo. Más aún, cualquier tasa de aumento de la población en un momento dado saturaría la tierra y llevaría al agotamiento del espacio mismo". Brand afirma que si la marea humana continuase como ahora, dentro de 700 años cada hombre sólo dispondría de un metro cuadrado de tierra para tenerse en pie, aun suponiendo que pudiera ocuparse toda la extensión de océanos y mares.

Esta realidad provocó que el espectro maltusiano volviera al primer plano, frente a las posturas optimistas de que los nuevos avances científicos y técnicos crearían los recursos necesarios para cantidades cada vez mayores de seres humanos.

No siempre la situación ha sido así. La frase bíblica de "creced y multiplicaos" tuvo vigencia en un mundo y en una circunstancia his-

tórica en que la realidad de las guerras, las hambres y las epidemias, y su consecuencia lógica, las altas tasas de mortalidad, hicieron temer a gran número de economistas y sociólogos por un despoblamiento de nuestro mundo. Esta situación perduró durante toda la Edad Media y aún en los siglos XVII y XVIII los autores mercantilistas y cameralistas eran partidarios de aumentos masivos de la población. Si ésta era la portadora de la fuerza del trabajo, uno de los factores de la producción, lógicamente su aumento produciría como reacción directa un progreso económico. Siguiendo esta línea de pensamiento, en la Alemania de 1740 aparece el primer tratado sobre los problemas de la población, cuyo autor fue J. P. Sussmilch y cuyo título "El orden divino en la evolución del género humano" es suficientemente esclarecedor en cuanto a las tesis sustentadas. En 1786 J. Towsend exclamaba ¡población, más población a toda costa!

Pero ya en esta época hay autores que comienzan a ver el crecimiento de población como problema. En 1798 aparece el "Primer ensayo sobre la población en cuanto afecta al futuro perfeccionamiento de la sociedad" cuyo autor fue el clérigo inglés Thomas R. Malthus. Este postulaba la tan famosa antinomia entre el crecimiento de la población y los alimentos. Mientras la primera crecía a ritmo de progresión geométrica, los segundos crecían a ritmo de progresión aritmética, llegando un momento en que no habría posibilidad de alimentar a una población cada día más creciente. Por la misma fecha, en 1793, el economista chino Hong Liang-Ki llegaba a las mismas conclusiones de Malthus. Por su parte David Ricardo aseguraba que el nivel de los salarios actuaría como un límite fundamental al crecimiento de la población. Para Ricardo los salarios reales serían iguales a los niveles mínimos de subsistencia, partiendo de la premisa siguiente en relación con la distribución del ingreso nacional: salarios constantes, renta incrementada y ganancias distribuidas. Si el dinero destinado al pago de los salarios tenía que extraerse de las ganancias mencionadas, a la larga no se dispondría de capital para financiar el empleo del nuevo trabajo y como consecuencia habría de detenerse el aumento de la población y se produciría el estancamiento de la misma.

A partir de este momento el pensamiento en las ciencias sociales y por lo tanto en la Economía se divide en dos potentes corrientes ideológicas, Capitalismo y Socialismo, cada una de las cuales mantuvo sus propias tesis sobre el espinoso problema, tomando ambas una postura en términos generales ajena a una consideración negativa del mismo por lo que al problema socio-económico se refería. Para los pensadores liberales la población creciente funcionaba como un motor generador de la actividad económica de todo el sistema. Por su parte

los pensadores socialistas mantenían la tesis de que una vez superadas las contradicciones del sistema capitalista la población podía crecer sin inconveniente de ninguna clase.

¿Pero a qué se debe este crecimiento desenfrenado de la población? En principio el fenómeno es un simple desequilibrio biológico, la victoria de la vida sobre la muerte. A éste va unido indiscutiblemente y a él nos referiremos ampliamente más adelante, la falta de desarrollo económico y como consecuencia de desarrollo cultural y social. La falta del primero impide el crecimiento cultural y éste a su vez da ocasión al desbordamiento de la población. Por lo que respecta al desequilibrio biológico a que nos hemos referido, juega un papel fundamental lo que técnicamente se llama "transición demográfica" o relación entre la vida y la muerte. De esta forma el crecimiento de la población será tanto más rápido cuanto mayor sea el número de nacimientos en relación con el de muertes. Esta relación que fue durante mucho tiempo levemente favorable a la vida-débil ritmo de crecimiento de la población comenzó a variar ostensiblemente a partir del siglo XVIII debido casi exclusivamente a los grandes progresos científicos en el campo de la medicina e hicieron posible el que en la actualidad en rara ocasión la mortalidad rebasa la tasa del 15 por mil anual.

Y esta disminución del ritmo de mortalidad ha sido rapidísima, por lo que el problema se ha agudizado en muy poco tiempo, menos de 150 años". Entre 1940 y 1960, México, Costa Rica, Venezuela, Ceilán, Malaya y Singapur disminuyeron su tasa de mortalidad en más de un 50 por ciento en menos de un decenio". En el caso de Chile, por citar un ejemplo, en 40 años se ha visto reducida su tasa de mortalidad de un 30 por mil en 1920 a un 10 por mil en 1960, mientras que su tasa de natalidad para este último año rebasa el 30 por mil.

En julio del año citado la población se distribuía de la siguiente forma:

POBLACIÓN MUNDIAL Y REGIONAL
(en millones)

	<i>El Mundo</i>	<i>África</i>	<i>Asia</i>	<i>América del Norte</i>	<i>América Española</i>	<i>Europa</i>	<i>Ocea- nia</i>	<i>URSS</i>
A mediados de 1968	3 479	333	1 943	222	268	455	19	239
Proyecciones para el año 2 000, con las actuales tendencias	6 577	689	3 925	315	690	569	34	338
Porcentaje de au- mento entre 1968 y 2000	89	107	101	42	157	25	79	42

FUENTE: Population Reference Bureau 1968.

Pero no todas las regiones del mundo crecen a la misma velocidad. Según datos del Population Reference Bureau la población mundial y regional ha seguido hasta el momento y seguirá en el porvenir los siguientes patrones de crecimiento, expresados en cifras absolutas y utilizando como base los datos de mediados de 1968.

En el caso de Puerto Rico la población a mediados de 1968 era de 2.700,000 habitantes, y la tasa anual actual de crecimiento es de 1.5%, lo que significa que nuestro país tardará solamente cuarenta y siete años en duplicar su población si permanecen las tasas actuales de crecimiento, o lo que es lo mismo, en el año 2015 Puerto Rico tendrá una población de 5.400,000 habitantes.

Si nos detenemos brevemente a examinar las cifras anteriores, nos percataremos de una situación escalofriante. El mayor crecimiento corresponde a las naciones proletarias de nuestro mundo, mientras que en las islas de la opulencia el crecimiento va a ser prácticamente imperceptible. De acuerdo con los datos antes citados, la tasa de crecimiento actual para todo el mundo es de 2.2%. Ésta se distribuye de la forma siguiente: África crece a un ritmo del 2.3%, Asia al 2.2%, Iberoamérica al 3%, o sea que el mundo pobre, el mundo subdesarrollado, tiene una tasa de crecimiento de la población superior a la media mundial. Mientras América del Norte crecerá solamente al 1.1%, Europa al 0.7%, Oceanía al 1.8% y la Unión Soviética al 1.1%

Este dilema es más espantoso desde el punto de vista del desarrollo económico, dado que esta realidad significa que en los países del primer grupo, los pobres del mundo, la mejor parte y la más considerable de sus inversiones están dedicadas no al incremento de las rentas por habitante, sino simplemente al mantenimiento para los nuevos nacidos, cuando lo consiguen y no se produce un retroceso, del nivel de vida imperante que ya de principio es reducidísimo.

Esta inmoral realidad se explica en la declaración del Center for International Economic Growth de Washington: "Si la población de un país crece a la tasa del 2% anual, ese país tendrá que invertir el 9% de su renta nacional para aumentar su renta "per capita" en un 1%. Si el aumento demográfico es del 3%, tendrá que invertir el 15% de su Renta Nacional si quiere obtener un aumento mínimo del 2% "per capita". Las cifras nos demuestran en principio una desigualdad impresionante, sobre todo si como dice Alfred Sauvy: "Numerosos países subdesarrollados no pueden invertir por su pobreza y escaso ahorro, más allá del 14% de su Renta Nacional" con lo cual se produce la dramática realidad de que los países proletarios en su conjunto no invierten ni siquiera el capital indispensable para crear riqueza nueva que repartir, sino que la inversión sirve exclusivamente

para garantizar a los nuevos nacidos el nivel de pobreza y de hambre vigentes ya para la totalidad de su población. Al respecto, las Naciones Unidas han llegado a la conclusión de que en las naciones proletarias solamente ha subido el nivel de vida de sus habitantes en un 1% entre 1950 y 1959. Como consecuencia este organismo internacional elaboró un estudio en el que consideraba que la tasa de crecimiento mínimo para las zonas pobres del planeta no debiera ser inferior al 2.5% anual, lo que significaría que el crecimiento económico del Producto Nacional Bruto-dado un crecimiento medio de población para Iberoamérica, Asia y África del 2.5% anual-debería ser por lo menos el 5% para ese período de tiempo.

En el mismo sentido se expresa el economista Lauchin Currie quien afirma: "Una tasa compuesta de aumento de población de un 3% anual, por ejemplo, representa una relación desfavorable entre los trabajadores y las personas a las que hay que mantener pues más de la mitad de la población tiene menos de 18 años; equivale a que la mayoría de los ahorros e inversiones deben consagrarse a atender a las necesidades de la población adicional en lugar de servir para que superen las condiciones de vida de la población existente; equivale a recurrir a las tierras menos favorables y más inaccesibles, equivale a la apropiación de grandes sumas a la infraestructura del transporte y de los servicios, en detrimento de una mejora inmediata del nivel de vida de los pobres; equivale a la destrucción de los recursos naturales en bosques, pesca, de los mejores suelos y al consumo acelerado de fuentes de energía irremplazables; y equivale a que se mantengan facilidades educativas espantosamente inadecuadas. Todo esto, a su vez, representa pobreza continuada, frustración, odio, envidia, incapacidad para abocar problemas cuya magnitud aumenta todos los días, mengua de la fe en la justicia y en la eficacia" de nuestro mundo.

Para agudizar más el grave problema a que nos enfrentamos, existe también una coincidencia fatal entre país proletario con rápido crecimiento de la población y país hambriento. Las Naciones Unidas que han declarado a estos últimos diez años "Década del Desarrollo", en el documento programático de dicha Declaración afirman que: "Es asombroso el hecho de que en una época en que la abundancia está empezando a ser la condición al menos en potencia de países y regiones enteras y no de individuos aislados, al mismo tiempo que las proezas científicas superan los más atrevidos sueños pretéritos de la humanidad, resulte que hay en el mundo más seres padeciendo hambre y necesidad que en ninguna otra época anterior. Tal situación es intolerable y tan contraria al verdadero interés de todas las naciones que debe

decidir a los países avanzados conjuntamente con los insuficientemente desarrollados, a acabar con ese estado de cosas”.

Según el primer director de la FAO, Lord John Boyd-Orr en el año 1950 el destino de las dos terceras partes de la humanidad era pasar hambre, y esa muchedumbre aunque en cifras relativas siguiera siendo la misma, en cifras absolutas el aumento ha sido estremecedor, si tenemos en cuenta las actuales tasas de crecimiento de la población. En estos momentos pasan hambre 2,319 millones de personas. Es cierto por lo tanto que “comer lo suficiente es el elemental progreso que no ha beneficiado todavía a más de la mitad de la humanidad”.

Los organismos internacionales responsables del estudio y solución del problema han calculado en 3,200 las calorías diarias necesarias al hombre para una alimentación normal y 2,300 para la mujer, lo que nos da un promedio de 2,750 calorías diaria por habitante. Partiendo de este supuesto, si dividimos todos los países del mundo en dos grupos, formado el primero por Asia, África e Iberoamérica, es decir el mundo proletario, y el segundo por todos los demás, Europa, América del Norte y Australia, el mundo rico- resulta que los primeros consumen como promedio 2,150 calorías diarias por habitante, mientras que los segundos disfrutan de un consumo superior a las 3,000 calorías. Y mientras los primeros representan una población actual de 2,544 millones de personas, los segundos solamente significan 916 millones. Y el ritmo de crecimiento del número de hambrientos aumenta. Según las previsiones de crecimiento de las Naciones Unidas para el año 2000, pasarán hambre en nuestro mundo si no cambian las actuales circunstancias 5,304 millones de personas de un total de 6,560 millones. Esto significa que únicamente para alimentar a la creciente población de nuestro universo, para el año 2000 tendrá que aumentar la producción de alimentos en un 100% en África, en un 150% en Asia y en un 200% en Iberoamérica. Eso solamente para mantener la situación actual, para mantener el hambre a los niveles actuales. André Mayer especialista de la FAO escribía en 1957 en el número de abril de la revista “El Correo de la UNESCO” lo siguiente: “Hace ya diez años se calculó que la Europa Occidental, que comprende el 3% de las tierras emergidas y alrededor del 15% de la población, dispone de cerca de la tercera parte de los alimentos. Si a ella se agregan la Unión Soviética y la América del Norte, se verá que una tercera parte de los hombres dispone de cerca de las tres cuartas partes de los productos alimenticios que se obtienen en todo el mundo. Asia, continente en que vive casi la mitad de la población mundial, sólo dispone del 17% del total de alimentos”.

En último lugar abundando sobre el tema, irónica frase cuando precisamente nos estamos refiriendo a la falta de abundancia existente, que hacen que convivan inmoralmente juntos unos pocos ricos y una gran mayoría de pobres, no puede faltar la palabra autorizada del hombre que ha dedicado su vida a la lucha contra este padecimiento universal; al mejor y valga el apelativo "hambrólogo" del mundo, el brasileño Jossué de Castro, hombre que honra la raza humana y orgullo de nuestra tierra americana que lo vio nacer. Josué de Castro director durante largos años de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura y actual director del Instituto de Desarrollo y Planificación del Tercer Mundo con sede en París, afirmaba en un artículo que con el título "Una política contra el hambre en América Latina" publicó en "El Espectador" de Bogotá el 21 de enero de 1962 y reprodujo "Política" de Caracas: "Las encuestas realizadas por los especialistas en los últimos 20 años están revelando, sin lugar a dudas, que la América Latina constituye una de las más negras y extensas áreas de la geografía mundial del hambre, rivalizando en este aspecto con la vieja Asia y con el África expoliada por el colonialismo europeo. Este es el cuadro actual que nos presentan los hombres de ciencia... El cuadro de un continente famélico. En la América Latina se sufre de toda clase de hambre. Este mal se presenta bajo los más variados matices, desde el hambre global, cuantitativa, que transforma a sus víctimas en verdaderos espectros vivos, hasta las formas más discretas, de las llamadas hambres ocultas, o específicas, que actúan en forma disimulada bajo los más variados matices. En estas tierras de increíble mortalidad, donde parece que se nace más bien para morir que para vivir, es siempre el hambre la gran cortadora de mortajas para ese innumerable ejército de muertos: los muertos de hambre".

Hemos visto pues, la existencia de una relación directa entre la presión demográfica y el desarrollo integral a nivel humano para todos los habitantes de nuestro mundo. Es también en estos países en los que el hambre se ceba con mayor ahinco y es más necesario el rápido aumento de la producción de alimentos, donde se produce poco porque son países hambrientos y están hambrientos porque se produce poco. Pero quede claro que el hambre no es una fatalidad a la que tenemos que someternos, sino la causa directa de las injusticias sociales y económicas prevalecientes en nuestro mundo. La situación se torna cada vez más grave. Continuamente crecen los pobres y los hambrientos. De los once mil niños nacidos en cada hora a que nos referíamos al inicio de esta conferencia, 7,400 vienen ya fatalmente predestinados a sufrir de hambre.

Al mismo tiempo el contacto internacional entre los países pobres y los países ricos, en este momento no podemos hablar de convivencia, en vez de reducir las distancias las agranda. Esta grave realidad es la que obliga a demógrafos, economistas, sociólogos y políticos a plantear y pedir con urgencia una disminución en el crecimiento demográfico a través fundamentalmente de unas políticas efectivas de control de la natalidad. Se aprecia una necesidad imperiosa e impostergable de estas políticas, sobre todo si como dice René Dumont: "Se necesita menos de un dólar por cabeza para suprimir la malaria, pero no menos de mil dólares para irrigar una hectárea de la que vivirán 4 ó 5 personas. De un lado pues, menos de un dólar y del otro a su vez, más de 200 por persona. Pero no obstante, se hace el esfuerzo de un dólar, que es lo humanitario, lo social, y en la mayor parte de los casos no se efectuará la inversión de los 200 dólares porque resulta demasiado caro".

EL CONTROL DE LA NATALIDAD Y LA OPINIÓN PÚBLICA MUNDIAL

La solución necesariamente urgente, no precisamente al problema de la población sino al del desarrollo en todos los órdenes de la comunidad internacional y la influencia de los medios de comunicación, que mediante una publicidad viciada han conseguido que muchos hombres crean que la única solución a los problemas citados es el control de la natalidad, mediante la identificación de "píldora y desarrollo", ha traído como consecuencia el que una porción mayoritaria de la opinión pública mundial sea hoy partidaria, casi siempre sin un planteamiento científico del problema, del control a ultranza de la natalidad.

Hace solamente diez años ningún gobierno occidental había tomado una decisión a éste respecto. En Estados Unidos fue el difunto Presidente Kennedy quien por primera vez de forma oficial y en un mensaje especial al Congreso afirmó: "La magnitud del problema es vertiginosa. En América Latina, por ejemplo, el aumento de población amenaza con rebasar el crecimiento económico". El 9 de diciembre de 1964 el Presidente del Perú creaba en su país una Comisión de Población. Desde 1967 la Organización de los Estados Americanos puso en funcionamiento un Comité Asesor de Población y Desarrollo adscrito a su Secretaría General. El 27 de noviembre de 1965 el Presidente colombiano Carlos Lleras Restrepo subrayó la gravedad del problema de la población en su país. El 9 de diciembre de 1966 el Secretario General de las Naciones Unidas U Thant, hizo pública una vigorosa declaración firmada por los jefes de gobierno de 12 países de Asia,

Europa, África e Iberoamérica, en la que se anotaba que: "Una paz duradera y significativa dependerá en alto grado de la forma en que se encare el desafío que plantea el acelerado crecimiento de la población", estableciendo los doce mandatarios una relación directa entre control de la natalidad y libertad: "Creemos que el objetivo de la planificación familiar, es el enriquecimiento de la vida humana, no su restricción; que la planificación familiar, al asegurar una mayor oportunidad a cada persona, libera al hombre para conseguir su dignidad individual y alcanzar su potencial pleno". En último lugar, la Asamblea General de las Naciones Unidas en reunión celebrada el 17 de diciembre de 1966 emitió sin ningún voto en contra, por recomendación del Comité II de Asuntos Económicos y Financieros, una resolución respaldando las acciones ya emprendidas por algunos de sus organismos y agencias-Consejo Económico y Social, Comisión de Población, Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y Organización Mundial de la Salud, dando a la Secretaría General un mandato definido para cooperar decididamente con las naciones miembros que pidan ayuda para el desarrollo de programas tendientes a solucionar las crisis demográficas. Por su parte el pensamiento socialista también ha variado sus teorías desde las rígidas posturas anteriores que sostenían que la superpoblación era algo peculiar al sistema capitalista y un defecto de éste, y que no podría presentarse en un sistema comunista. Los primeros síntomas de cambio se remontan a noviembre de 1965, cuando apareció el primero de una serie de artículos publicados por demógrafos y economistas soviéticos en la "Literaturaraia Gazeta" órgano de la Unión de Escritores Soviéticos y en otras publicaciones, que transformaban sustancialmente las tesis imperantes. Siguiendo ésta trayectoria de cambio y de coincidencia con la más generalizada opinión mundial, el profesor soviético Urlonis en un trabajo titulado "Marxismo y control de la Natalidad", leído en la conferencia de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población celebrada en Sidney, Australia, entre el 21 y 25 de agosto de 1967 afirmaba: "La fecundidad natural, o sea las tasas determinadas exclusivamente por la fertilidad fisiológica, deben considerarse como un atavismo, una herencia del pasado, un regazo del colonialismo", añadiendo "que juntamente con la económica debe haber también una solución demográfica, es decir, un descenso en las tasas de natalidad por medio de una política demográfica efectiva. La meta de dicha política debería ser la difusión de la planeación familiar y esto implica el uso del control de la natalidad por parte de la población".

Rompe esta unanimidad de opiniones, sobre principios teológicos y morales, ignorando los razonamientos científicos, sociales y económicos, la Iglesia Católica. Tradicionalmente la Iglesia se ha declarado en franca oposición a la utilización de todo medio artificial de controlar o regular la natalidad, postura que ha vuelto a ser ratificada nuevamente por medio de la Carta Encíclica papal "Humanae Vitae" dada a la publicidad el 25 de julio de 1968, después de un largo período de silencio, que hizo creer a muchos dentro y fuera de la misma, en una adecuación a las tesis más generalizadas en favor del control de la natalidad, sobre todo después del "aggionamiento" de la doctrina eclesiástica ocurrida en el Concilio Vaticano II. Pero también, no todo en el seno de la Iglesia ha sido conformidad con la doctrina papal, y fuera de ellas las críticas suscitadas fueron fuertes y absolutas. En la misma Encíclica, en la que el Papa declara terminantemente que "la ley natural interpretada por su constante doctrina, enseña que cualquier acto matrimonial, debe quedar abierto a la transmisión de la vida", reconoce que "no podemos, sin embargo, considerar como definitivas las conclusiones a que había llegado la Comisión ni dispensarnos de examinar personalmente la grave cuestión entre otros motivos, porque en el seno de la comisión no se había alcanzado una plena concordancia de juicios acerca de las normas morales a proponer".

Publicada la Encíclica comenzaron las primeras reacciones la misma. Choupin, Iung y Van Gestel eminentes teólogos católicos declararon que una Encíclica no es nunca un documento infalible, y que su autoridad no es jamás absoluta, aunque ningún católico niegue que tiene autoridad.

El padre MacKenzie, sacerdote jesuita afirmó: "La autoridad de la Iglesia se recomienda a sí mismo, no imponiéndose sino persuadiendo; convenciendo sin coacciones; orientado, en vez de dominando; siendo personal, en vez de impersonal; tratando a los gobernados como asociados y colaboradores, en vez de súbditos... El autoritarismo resulta completamente extraño en cada una de las páginas del Nuevo Testamento", y continúa, "Si la autoridad eclesiástica resuelve un problema moral recurriendo a un razonamiento filosófico, en vez de basarse directamente en el Evangelio, sus conclusiones no tienen más valor que el que fluye de los argumentos filosóficos empleados". Y más concretamente no podemos ignorar aquí las afirmaciones del padre Hanley. Este eminente jesuita norteamericano es Director del Centro de Derechos Humanos y Valores Sociales de la Universidad de Georgetown, en Washington. Fue el primer sacerdote católico miembro de la misión de los Estados Unidos en las Naciones Unidas, ac-

tuando como delegado al Consejo Económico y Social, siendo también representante al Noveno Congreso Internacional de Derecho Criminal celebrado en 1964 y al Congreso Mundial de la Paz de 1965. Refiriéndose a la actitud de los gobiernos frente a los problemas de planificación familiar afirmaba: "No es función del Estado, según la tradición de la Iglesia imponer la moral privada a los ciudadanos, porque podría ser una violación de la libertad religiosa, reafirmada por el Concilio Vaticano II". El Papa dice en su Encíclica a los gobernantes: "No aceptéis que se degrade la moral de los pueblos. No aceptéis que por medios legales se introduzcan en esa cédula fundamental que es la familia prácticas contrarias a la ley natural y divina", pero según las declaraciones del Concilio Vaticano II, la Iglesia y la tradición cristiana enseñan que el Estado, o la sociedad civil, es una sociedad natural, independiente, fundada en la ley natural, con sus propios derechos y funciones específicas". Dice este padre jesuita: "En realidad, las declaraciones del Concilio Vaticano II son de un orden mucho más elevado que cualquier Encíclica papal sin carácter de infalibilidad. Las declaraciones emitidas por un Concilio de obispos, con la aprobación papal, son una de las formas más solemnes de enseñanza de la Iglesia Católica y tiene mucha más fuerza obligatoria que cualquier declaración que haga el Papa solo, a menos que hable "ex cathedra", apelando al derecho de infalibilidad papal"; esta Encíclica no tiene este carácter, y por lo tanto se justifica la acción oficial en los programas de planificación familiar. En la declaración sobre Libertad Religiosa del Vaticano II, se afirma: "Este sínodo Vaticano declara que la persona humana tiene el derecho a la libertad religiosa. Esta libertad quiere decir que todos los hombres deben ser inmunes a la coerción de parte de individuos o de grupos sociales o de cualquier poder humano de tal manera que en materia religiosa nadie puede ser forzado a actuar de manera contraria a sus propias creencias. Este derecho del ser humano a la libertad religiosa debe reconocerse en la ley constitucional por la cual se rige la sociedad. Se hace entonces un derecho civil", y continúa: "Si en vista de circunstancias peculiares que prevalecen en ciertos pueblos, se otorga un reconocimiento especial en la ley constitucional de la sociedad a un organismo religioso, no obstante, es imperativo que el derecho de todos los organismos religiosos a la libertad religiosa sea reconocido y llevado a cabo efectivamente". Y en la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Moderno, párrafo 87, se afirma: "Dentro de los límites de su propia competencia, los gobiernos tienen derechos y deberes con respecto al problema de población de sus propios países". Termina el padre Hanley diciendo en cuanto a la posición a adoptar por los católi-

cos: "Un católico puede perfectamente dar apoyo político a programas que suministren información y servicios anticonceptivos, aun cuando la práctica de la anticoncepción sea reconocida como contraria a la ley moral. Su posición sólo implicaría dar apoyo a su gobierno en el esfuerzo legítimo de promover el bien común y el orden público por medio de un programa destinado a equilibrar la población y los recursos".

Fuera de la Iglesia, las críticas han sido igualmente claras, aunque mucho más duras y radicales. El Comité Asesor en Población y Desarrollo de la OEA en una declaración especial en contestación a la Encíclica dijo: "No podemos ignorar que dadas las características culturales, religiosas y económicas de la gran mayoría de la población latinoamericana, el mensaje de la Encíclica se traducirá en mayor angustia, miseria, desesperanza y enfermedad para millones de individuos, si lograra obstaculizar las decisiones sobre tamaño de sus familias que éstos podrían haber adoptado en ausencia de la Encíclica", y que ésta "hace un llamamiento insólito a los jefes de gobierno para que no sancionen prácticas contrarias a la ley de la Iglesia. A este respecto el Comité hace notar que en la Sociedad pluralista contemporánea las decisiones sobre cualquier elemento de las políticas de población son de la incumbencia de los poderes públicos de cada país".

En el mismo sentido el actual Presidente de Colombia Carlos Lleras Restrepo refiriéndose a la moralidad o inmoralidad de la contracepción y a la paternidad responsable afirma: "Que nos pueden decir de la obligada promiscuidad; del incesto frecuente; del primitivismo en la educación sexual; de la trata de hijos a que conduce la miseria; de la prostitución infantil que prolifera espantablemente en ambos sexos; del frecuente aborto; de la unión casi animal en la inconsciencia de los excesos alcohólicos", y agrega: "Me resulta imposible detenerme a examinar la moralidad o inmoralidad de las prácticas contraceptivas, sin meditar al mismo tiempo en las condiciones inmorales, a menudo delictuosas del acto mismo de la concepción y de las situaciones que prolonga en el tiempo".

En último lugar y con respecto al impacto religioso, es un error bastante común el suponer que la alta tasa de natalidad de algunos países católicos en las regiones subdesarrolladas del mundo, obedecen a la influencia de la Iglesia Católica o a la devoción de los pueblos a sus prácticas religiosas. Por el contrario las estadísticas demográficas nos demuestran que lo que sí existe es una relación directa entre subdesarrollo general, bajo niveles educativos y altas tasas de natalidad. Por lo tanto hoy la única realidad científica es que el hecho de que los pueblos sean o no católicos, no determina los grandes crecimientos

de población, sino que éstos están determinados por el grado de desarrollo económico alcanzado por esas naciones. El que en las regiones subdesarrolladas de África, Asia e Iberoamérica, el analfabetismo permanezca a altos niveles y en algunos casos hasta aumente, y el que la tasa de mortalidad sea reducido drásticamente, son las dos variables fundamentales en el proceso de la "explosión demográfica". Europa nos ofrece un claro ejemplo de las tendencias demográficas modernas. ¿Qué impacto tiene en este continente la religión católica? Expertos de la Iglesia, del Concilio Mundial de Iglesias y de las Naciones Unidas han llegado a las siguientes conclusiones: "Tomados en conjunto los once países católicos de Europa (Irlanda, Austria, Bélgica, Francia, Luxemburgo, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Italia, Portugal y España) tienen una tasa promedio de natalidad de 18.1 nacimientos vivos por cada mil habitantes. La tasa de natalidad para los 15 países no católicos es de un promedio igual, 18.0. Luego no existe evidencia en Europa para verificar la creencia común de que el catolicismo ejerce una fuerza ascensional en las tasas generales de natalidad". En definitiva la realidad se impone. La opinión pública y las más autorizadas voces de economistas, sociólogos y demógrafos claman por un control urgente de la natalidad. Respetamos la vida "en actor" frente la vida "en potencia". Además no hay que olvidar que en las actuales circunstancias el frenar nuevas vidas, tiene el significado positivo de una lucha a favor de la vida ya existente; debemos votar a favor de los hambrientos, de los analfabetos, de los oprimidos de nuestro mundo y en contra de seres inexistentes. Si dentro de un año resolvemos, por ejemplo, el problema de la adecuación de los recursos existentes a tasas crecientes de población, no habría inconveniente racional en volver a una natalidad natural. Mientras tanto no debemos tomar posturas irracionales.

DESARROLLO ECONÓMICO Y CRECIMIENTO DE POBLACIÓN

Todos estos razonamientos tienen una base científica incuestionable y, una argumentación político-económica que no podemos ignorar. El crecimiento demográfico para el economista, el sociólogo y el demógrafo es simplemente uno de los indicadores, un dato con el que contar y tener en cuenta a la hora de fijar las políticas de desarrollo y la solución reside en resolver el dilema-desarrollo contra subdesarrollo, y fijar las políticas tendientes a ello. Raymond Barre en su libro "El desarrollo económico" afirma que las economías del crecimiento sufren hoy una doble limitación: "Una se deriva de su objeto:

el estudio de las condiciones que permitan un crecimiento sin fluctuaciones amplias de la actividad económica y de la ocupación más que de las causas de este crecimiento; la otra se refiere a su filiación: la ortodoxia keinesiana que favorece la investigación de las relaciones simples entre cantidades globales limitadas en número". No explotan el tema central, que aparece ya en la "Riqueza de las Naciones" de Adam Smith y que es el análisis de las transformaciones económicas, políticas y sociales que permiten el crecimiento de una economía fundada en la empresa individual. No le ocurre esto a Marx, quien en su obra "Misericordia de la Filosofía" escribe: "Los economistas nos explican el proceso de la producción bajo condiciones dadas; lo que no nos explican, sin embargo, es cómo esas condiciones han sido producidas, es decir, el movimiento histórico, que las conduce a la existencia".

En nuestra opinión, dice Barre, "el estudio del desarrollo económico no podría confundirse con el estudio de los crecimientos equilibrados dentro de una economía capitalista evolucionada", por el contrario, debería conducirnos a tomar conocimiento de que "el crecimiento económico no es fenómeno autónomo, es decir, un fenómeno que no puede ser analizado de manera satisfactoria en términos puramente económicos", como afirma en sus Ensayos Schumpeter.

Luego no basta en los análisis del subdesarrollo la consideración de los aspectos exclusivamente económicos de estas estructuras, sino también hay que hacer notar sus características extraeconómicas y sociales. No obstante aquí nos referiremos exclusivamente al aspecto económico del subdesarrollo, por creer que es el condicionante fundamental de los demás aspectos estructurales, ya sean políticos, sociales o culturales.

Desde un punto de vista económico "el tipo ideal" de país subdesarrollado se presenta "con una estructura primaria y dual; su funcionamiento se caracteriza por la inestabilidad y la dependencia y difícilmente puede romper —el círculo vicioso de la pobreza—". Estas economías se caracterizan por el predominio de las actividades primarias, manifestadas en tres planos: el de la población activa, la mayor parte de la cual se encuentra empleada en la agricultura y en las explotaciones mineras; el de la producción interna compuesta fundamentalmente por productos agrícolas que cubren la subsistencia de la población, productos agrícolas de exportación para la alimentación, materias agrícolas y materias primas minerales destinadas a la exportación; y el de las exportaciones, concretadas en uno o dos grandes productos básicos.

La economía subdesarrollada es dual en el sentido de que comprende dos estructuras económicas yuxtapuestas. Un sector precapi-

talista, autóctono donde conviven la economía de subsistencia y trueque, y en la que el dinero no tiene ninguna relevancia; y un sector capitalista, formado por un capitalismo extranjero industrial o dedicado al comercio con el exterior, proyección de las economías desarrolladas y un capitalismo indígena débilmente industrial y fundamentalmente comercial y especulador.

Las economías subdesarrolladas son economías dependientes, fenómeno que se manifiesta de formas diferentes. Algunas naciones subdesarrolladas dependen de las grandes empresas extranjeras que explotan sus recursos económicos y aseguran la mayor parte de sus exportaciones. Son dependientes en cuanto a las importaciones de manufacturas y servicios. Y en último lugar son dependientes, de las exportaciones de capital procedentes del extranjero.

Todo unido da lugar a que los países subdesarrollados no pueden salir del "círculo vicioso de la pobreza", que según el ya citado profesor Barre se profundiza y completa en un doble aspecto: "En primer lugar un aspecto estacionario que se refiere a las circunstancias que provocan lo que Nurkse llama un equilibrio del subdesarrollo" debido a la insuficiente formación de capital como consecuencia del bajo nivel de ingreso real y por lo tanto la baja tasa de ahorro, y a la baja demanda de capital debido a las pocas ocasiones de inversión; y en segundo término, "un aspecto dinámico que pone de relieve procesos cumulativos que refuerzan la constelación circular de fuerzas que mantienen a la economía subdesarrollada en estado de pobreza". Según Myrdal la pobreza llama a la pobreza. Resumiendo, el análisis de este "círculo vicioso" nos conduce a dos conclusiones: 1) "Pone de relieve las necesidades nacionales de una política de desarrollo e indica las vías de acción que deben ser seguidas; 2) Muestra que el crecimiento de las economías subdesarrolladas impone un planteamiento mundial de los problemas a resolver y exige soluciones a escala mundial".

¿Y cuál es la realidad del momento en que vivimos con respecto al mundo subdesarrollado? Zimmerman en su obra "Países pobres y países ricos", afirma que en la historia del pensamiento económico podemos distinguir tres etapas aproximadas, en las que los estudiosos han entendido el problema del progreso económico de forma diferente. La primera etapa discurre hasta 1830, y en ella los economistas no hicieron sino realizar análisis acerca de la naturaleza y las causas de la pobreza de las naciones. En la segunda etapa, de 1830 a 1930 se creyó de una forma tan indudable en el progreso económico, que la teoría económica "en vez de analizarlo lo postuló". Y la tercera etapa que va desde 1930 hasta nuestros días, sobre todo después de la

crisis mundial del 29, se postuló el fin de la creencia en un progreso continuado e irrefrenable y los economistas y sociólogos comenzaron a percibir que todas sus tesis de progreso económico eran una realidad únicamente en el mundo occidental beneficiario de la explotación económica de las colonias.

“Después de un estudio cuidadoso H. W. Singer llegó, inclusive, a la conclusión de que el análisis de Marx, según el cual los estándares de vida ascendente de grupos y sectores determinados son, en cierta manera, compatibles con la decadencia y el empobrecimiento generales, es mucho más verdadero por lo que toca a la escena internacional que por lo que respecta a la interior”, y que “en función del ingreso mundial la situación ha empeorado, probablemente durante las últimas tres generaciones, por lo que respecta a los tres criterios de Pigou: tamaño medio, igualdad de la distribución y estabilidad a lo largo del tiempo. Si definimos el ingreso mundial “medio” como el del ciudadano medio del mundo, el espectacular mejoramiento que se ha producido en un extremo y que ha fascinado a los economistas y a otros observadores, no viene a cuento”. Porque el aumento del ingreso en los países ricos ha sido mucho mayor que en los países pobres y por lo tanto la desigualdad de la distribución ha aumentado a lo largo del tiempo. Aunque el ingreso medio de la población mundial, medido en dólares constantes de 1953, aumentó de 90 en 1860 a 430 en 1960, en este mismo período de tiempo la desigualdad distributiva universal empeoró considerablemente. Comprobémoslo. El 25% de la población que vivía en las zonas del mundo de mayor ingreso, ganaba en 1860 el 67.8% del ingreso mundial, y en 1960 el 72.1% de dicho ingreso, mientras que en el otro extremo el 25% de la población menos afortunada obtenía en 1860 el 12.5% del ingreso mundial, y en la actualidad sólo tiene el 3.2%.

En un estudio dirigido por el Secretario General de la OCDE, Kristiensen, se prevé que para 1980 las diferencias entre las rentas por habitante de los países desarrollados y de los subdesarrollados habrán pasado del a 7.5 en 1955, a ser de 1 a 10. Esto en el mejor de los casos para los países pobres y peor para los ricos, pues si fuera el caso contrario, y mucho más probable la diferencia se haría de 1 a 20. Se produce por lo tanto un empobrecimiento relativo y muchas veces absoluto de los países proletarios. El fenómeno de concentración capitalista, previsto y analizado por Marx a escala nacional, entre los individuos, se realiza ahora a escala internacional, entre las naciones. Como consecuencia la distancia que media entre los ricos y los pobres está aumentando constantemente. De acuerdo con la teoría del comercio internacional de Ricardo, la división internacional óptima del

trabajo se alcanza cuando todos los países exportan una cantidad muy limitada de pocas mercancías. Pero 150 años después de sustentada, llegamos a la conclusión de que los países que se han dedicado fundamentalmente a la producción y exportación de recursos primarios, los subdesarrollados, se hallan en situación radicalmente inferior a aquellos que han diversificado ampliamente su producción sobre una base industrial altamente tecnificada. Raúl Prebisch dice que por cada 1% del aumento "per capita" de ingresos en los Estados Unidos, las importaciones de artículos primarios tienden a aumentar en un 0.6%; luego a mayor ingreso de los ricos menos importación de lo producido por los pobres y por lo tanto menos ingreso nacional de estos últimos.

En todas las economías, tanto en la de los países desarrollados como en la de los países subdesarrollados, las exportaciones juegan un papel fundamental. En primer lugar porque son uno de los factores, en los subdesarrollados el fundamental, para determinar los niveles de ingreso nacional y en segundo lugar porque tienen una enorme importancia para determinar la capacidad de importación del país.

El Statistical Year-Book de las Naciones Unidas publicó un cuadro con los índices de exportación de 23 países, en el que claramente se muestra que las exportaciones totales y por consiguiente las capacidades para realizar importaciones, aumentan mucho más lentamente en las zonas proletarias del mundo que en las zonas ricas de altos ingresos. Mucho más importante es la fluctuación de las mismas, lo que hace muy difícil la planificación del desarrollo, que exige seguridad en las estimaciones de las importaciones de bienes de capital y de materias primas, aspecto difícilmente controlable en esta situación y que requiere se preste una gran atención a los problemas de Balanza de Pago. En un estudio sobre 18 productos básicos hecho por las Naciones Unidas con referencia al período 1901-1950 se concluyó que las fluctuaciones fueron mayores en el volumen de las exportaciones que en los precios. Las fluctuaciones en el volumen de exportaciones para un promedio de 18 mercancías fue entre $+ - 18.7$ y las fluctuaciones en los ingresos por exportaciones también para un promedio de 18 mercancías fue de $+ 22.6$.

Esta inestabilidad en los precios de exportación de los productos primarios explica la oscilación de la relación de intercambio para los países subdesarrollados. Según Dag Hammarskjöld una baja del 5% de los precios mundiales de los alimentos exportados por cualquier país anularía todas las inversiones del Banco Mundial, de las Naciones Unidas, bilaterales y de otras clases, y la realidad es que en años recientes los precios han variado en contra de los intereses de los países

pobres en un 40%. Es por ello, por lo que estos países piden a gritos la estabilización de los precios de sus mercancías exportables. El estudio del GATT, Convenio General de Tarifas y Aduanas para 1959 informaba: "De 1953 a 1959, la media de los precios mundiales de exportación ha caído casi tanto en el costo de los productos primarios como ha aumentado en el caso de los artículos manufacturados respectivamente, un 5.5 y 7% aproximadamente. La evolución divergente de los precios, combinada con un aumento de más de la mitad del "quantum" de las exportaciones de los artículos manufacturados, contra un tercio para los productos primarios, se ha traducido, en el término de los seis últimos años, en un aumento de valor de alrededor del 64% para los intercambios de artículos manufacturados y del 24.5% para la productos primarios. La parte de los artículos manufacturados en el conjunto de las exportaciones mundiales que se situó cerca del 46.5% en 1953 se ha aumentado sin descanso para alcanzar aproximadamente, el 53% en 1959". Por otro lado existen previsiones que señalan que para 1970 el déficit comercial de los países en desarrollo puede alcanzar una magnitud acumulada del orden de los 20,000 millones de dólares.

La revista "The Economist para América Latina" en su número de 30 de octubre de 1968 publicó un interesante artículo donde plantea las tendencias que siguen actualmente las conversaciones internacionales para lograr un acuerdo que haga más justa y equitativa la relación comercial internacional. En el mismo afirmaba: "Las razones del fracaso de la UNCTAD se encuentran a niveles más profundos que el de las meras cuestiones de procedimiento; habría que buscarlas tanto en la misma naturaleza del Secretariado como en el más amplio contexto socio-económico internacional existente". Y continuaba afirmando: "Su existencia ha servido para dar a conocer a las opiniones públicas la injusticia del presente sistema internacional de comercio. Además se mantiene como un testigo perpetuo en contra de la hipocresía que supone la confección de programas de ayuda en contradicción evidente con unas medidas comerciales que destruyan la mayor parte de los beneficios reportados por la asistencia".

Al factor del precio de las materias primas, hay que añadir otros no menos importantes. Las reservas internacionales del mundo subdesarrollado están disminuyendo constantemente. En la segunda mitad de 1964 las reservas internacionales de los países industriales tuvieron un aumento de 2,000 millones de dólares, para situarse a una altura de 52,000 millones, mientras que la de los países subdesarrollados se redujeron en 200 millones de dólares en el mismo período de tiempo. Por otro lado cada vez es más pesada la carga por servicios de la

deuda externa de los países subdesarrollados que hace que la tercera parte de la asistencia financiera que reciben tenga que dejarse a atender el servicio de créditos anteriores. El "Wall Street Journal" del 12 de mayo de 1965 estima que: "La deuda externa total de los países en desarrollo actualmente excede de los 30,000 millones de dólares, 10,000 más que en 1965, y que de continuar su ritmo de crecimiento, llegará a unos 90,000 millones hacia mediados de la década de los 70".

Al comienzo de este artículo hemos declarado que el crecimiento demográfico y el subdesarrollo eran un problema a escala internacional y que por lo tanto la solución debe ser colectiva. Zimmerman en su obra ya citada escribe: "Así pues, los países ricos tienen que forjar una política de ayuda armoniosa para los países que se están desarrollando... No creemos que tal proposición se considere ambiciosa si se recuerda que su propósito es liberar del hambre y del miedo a los países pobres de nuestra comunidad mundial".

LA AYUDA INTERNACIONAL Y EL DESARROLLO

En este sentido es sumamente aleccionador referirnos al funcionamiento en este momento de la ayuda internacional que la sociedad opulenta presta a los países subdesarrollados. La OECD informó que para 1962 la ayuda económica prestada por sus miembros al Tercer Mundo fue de 8,746 millones de dólares, 8,486 en 1963, incluyendo en la misma la prestada por Estados Unidos, Canadá y Japón. Ninguno de los países integrantes de este organismo internacional han dedicado mayor porcentaje de su riqueza a la ayuda económica, que a los gastos militares; mientras que a la primera ninguno dedicó mucho más del 1% de su Producto Nacional Bruto, todos dedicaron a gastos militares entre el 3 y el 9% de esta misma magnitud. Por su parte el bloque socialista prestó ayuda entre 1959 y 1963 a los países subdesarrollados por valor de 5393 millones de dólares. Por ejemplo, en una de las zonas subdesarrolladas del mundo, Iberoamérica, la situación se ha deteriorado paulatinamente, desde el año 1957 en que las inversiones norteamericanas fueron de 1,100 millones de dólares, empleados fundamentalmente en industrias extractivas petrolíferas, hasta 1959 en que fueron 219 millones de dólares. En 1960 estas inversiones sólo fueron de 95 millones.

Mucho más grave es la evasión de capitales. El actual presidente de los Estados Unidos, Nixon, durante un viaje a Lima señaló repetidamente que hay más capital iberoamericano depositado en los Estados Unidos, que capital norteamericano invertido en Iberoamérica. El miem-

bro de la Cámara de Representantes norteamericanas, Jayne L. Hays declaraba en abril de 1961: "Los millonarios latinoamericanos se estima que tienen 10,000 millones de dólares en bancos suizos", pero "no arriesgarán ni un solo centavo de su propio dinero para ayudar a sus propios países". Los Estados Unidos, que son los que proporcionan la mayor parte, el 60%, de la ayuda occidental, sólo dedican entre el 0.5 y 0.7 de su Producto Nacional Bruto a este menester.

Y no obstante lo reducido de dicha ayuda, prevalece últimamente en ciertas esferas norteamericanas la opinión de que la ayuda económica a los países proletarios es la culpable de los déficit crónicos en su Balanza de Pagos, ignorando que la mayor parte de esta ayuda se ha facilitado con carácter estratégico y que la argumentación que relaciona el déficit de su Balanza de Pagos con la ayuda internacional es tan falaz como cierta es la connotación política de la ayuda.

El 1 de agosto de 1963 el Director Adjunto de la Agencia Internacional para el Desarrollo de los Estados Unidos, pronunció una conferencia en la Universidad de Oklahoma en la que con noble sinceridad hizo estas afirmaciones: "Oímos decir a menudo que los Estados Unidos han gastado alrededor de 100,000 millones de dólares en ayuda desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Esta cifra resume como una sombrilla, la ayuda a Grecia y Turquía, el programa del Plan Marshall y los derivados de la guerra de Corea. Lo que no solemos entender es que de esa suma, solamente 4,600 millones de dólares se han gastado en ayuda al desarrollo. Esto es una décima parte del 1% de nuestro Producto Nacional Bruto durante ese tiempo".

Por su parte, David E. Bell, administrador de la citada Agencia gubernamental norteamericana, cansado de oír que la ayuda económica al exterior era la culpable de los déficit en la Balanza de Pagos del país, dio un mentís oficial el 22 de julio de 1963, que dirigió al "New York Times" para su publicación. En él afirmaba: "Dentro de la política de ayuda que ahora está en vigor, más del 90% del total de la llamada ayuda económica, representa salida de mercancías y servicios y no dólares. En esas circunstancias, un corte en el programa de ayuda significaría, principalmente, la reducción de las exportaciones norteamericanas, sin afectar sustancialmente al déficit de la Balanza de Pagos de los Estados Unidos".

Como colofón debemos comparar y contrastar la citada ayuda económica y los gastos militares, ambos a nivel mundial. El 16 de julio de 1962 un "Grupo Consultivo" integrado por 10 personas, entregaba al Secretario General de las Naciones Unidas un documento que con el título "Informe sobre las consecuencias sociales y económicas de desarme", realizaba una sustanciosa aportación científica, estremecedora en

datos sobre tan importante asunto. En resumen el informe decía: "a) Que 120,000 millones de dólares se consagraban anualmente, a los presupuestos militares del mundo; b) que 20 millones de personas estaban bajo las armas; c) que el 85% del total de los gastos corría a cargo de 7 países: Estados Unidos, Unión Soviética, Inglaterra, República Federal de Alemania, Francia, Canadá y China". Como término de comparación digamos que para ese mismo año de 1962 los intercambios comerciales en todo el mundo ascendieron a 139,000 millones de dólares.

En los momentos actuales se estima que los gastos militares exceden los 175,000 millones de dólares, de los que 76,000 millones corresponden a los Estados Unidos de acuerdo con su presupuesto de 1967-68. La Unión Soviética en su presupuesto de 1966 dedicaba a armamentos 35,000 millones de rublos, 38,500 millones de dólares. Según el presupuesto 1965-66, Inglaterra dedicaba a gastos militares 5,937 millones de dólares; la República Federal de Alemania 4,607; Francia 4,215; e Italia 1,982. Mucho más graves es el caso de la India que dedicó en el mismo período de tiempo 1,100 millones de dólares de su presupuesto nacional a este fin.

De acuerdo con estas cifras en el mundo se gastan 20 millones de dólares por hora en armamento y este gasto total es superior a la Renta Nacional de todos los países en proceso de desarrollo unidos; concretamente excede a la Renta Nacional de toda África, Asia e Iberoamérica juntas. ¿Y qué se podría hacer con ese dinero? Daremos simplemente algunas cifras comparativas. Un proyectil Atlas cuesta 30 millones de dólares, es decir la inversión total que se necesita para mantener una planta de fertilizantes nitrogenados capaz de producir 70,000 toneladas anuales. En Gran Bretaña, un proyectil anticuado equivale a cuatro universidades, un TSR-2 equivale a cinco hospitales modernos, un proyectil tierra-aire equivale a 100,000 tractores. Y mientras "en Sudáfrica mueren de gastroenteritis 10,000 niños todos los años. La viruela que amenaza muchos países, se podría suprimir con medio millón de dólares. Cientos de millones de personas que padecen pián podrían curarse con una inyección de penicilina que cuesta dos centavos de dólar cada una. Quinientos millones de personas padecen tracoma. El 60% de los niños de África padecen insuficiencia proteínicas, como y el beri-beri o la plaga".

Y todo para evitar que nuestro mundo cambie. Los ricos frente a los pobres, sin distinción de ideologías políticas, porque la ideología fundamental radica en la pertenencia a una clase, la clase económica. Por ello la lucha de clases nacional se ha trasladado al ámbito inter-

nacional, los pobres frente a los ricos, en este gran país que para todos es el mundo.

No hay duda de que en la situación actual lo más revolucionario del mundo subdesarrollado son las estadísticas. Nos asustamos de los paredones y violencias calientes que asolan al universo. Pero no es lícito permanecer impasibles y con una indiferencia más culpable cuanto más silenciosa, ante un sistema internacional que ha tendido a lo largo y lo ancho de nuestro mundo un paredón y una violencia, en el que se fusila de hambre, de analfabetismo, de miseria y de enfermedad a la gran mayoría de su población.

CONCLUSIÓN

Por ello y volviendo al tema central de nuestra trabajo, es injusto, inmoral y anticientífico, el mantenimiento de posiciones radicales sobre el control a ultranza del crecimiento de la población. No podemos aceptar la "píldora" como sustituto de las reformas estructurales necesarias. No obstante todo lo dicho sobre la repercusión económica de la "explosión demográfica" y por lo tanto de su importancia, que no negamos, en cuanto indicador para las políticas de desarrollo económico, así como las influencias que ejerce sobre las mismas, que nos lleva obligatoriamente a utilizar este dato como una variable más, transformable a tenor de las necesidades de ordenación de los planes generales de transformación económica, debemos de mantener clara nuestra posición: el control de la natalidad no puede ser nunca una política instalada sobre una preocupación esencial de una parte de nuestro mundo, los beneficiarios de la estructura internacional vigente, como es el impedir las reformas estructurales a nivel planetario que esta explosión demográfica hacen urgentemente necesarias.

El control de la natalidad es una conquista del hombre, si se utiliza en su beneficio, en su mayor desarrollo en todos los órdenes de la vida. El control de la natalidad por sí solo no supondrá nada, salvo si lo que se pretende es estancar la población en los niveles actuales, con su estructuración vigente de miles de ricos gozando de nuestro mundo y millones de pobres padeciéndolo.

El crecimiento desmedido de la población y, no olvidemos que prácticamente sólo crecen los pobres, tiene un sentido negativo en cuanto que frena en cierta manera el desarrollo económico, pero tiene el signo positivo de ser una base de disconformidad social, de urgencia de cambios estructurales a nivel universal que quizá sin esta situación tenderían a retrasarse. Quiero con esto decir, que si el control de la po-

blación va al unísono con un desarrollo económico, social, político y cultural del mundo subdesarrollado, abramos la luz verde a las políticas de control de la natalidad. Pero, si como dice Enrique Ruiz García, el control de la natalidad se convierte "en un procedimiento inexorable para retrasar los cambios e impedir las tensiones" que nos demuestran una vez más la implacabilidad de la sociedad opulenta, de cualquier signo, respecto a las naciones proletarias, tendremos que decir al mundo subdesarrollado: creced y multiplicaos, si esa es la única manera de que el mundo desarrollado tome conciencia de la injusticia que padecéis, y daros prisa antes de que esta injusticia acabe con todos nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

- El desarrollo económico* de Raymond Barre. Colección ¡Tempo Presente. F.C.E. México, 1962.
- Países pobres, países ricos* de L. J. Zimmerman. Siglo XXI. Economía y Demografía. México, 1966.
- La rebelión mestiza* de José Luis Rubio. Editorial ZYX. Madrid, 1966.
- El Tercer Mundo* de Enrique Ruiz García. Alianza Editorial. Madrid, 1967.
- The Economist para América Latina*. Vol. 2, Núm. 22, 30 de octubre de 1968.
- Comercio Exterior*. México. Vol. XVIII, Núm. 8, agosto de 1968.
- Documentación Iberoamericana*. Instituto de Cultura Hispánica. Años 1964, 1965 y 1966.
- Population Reference Bureau*. Información sobre población. 1968.
- La teoría soviética de la población de Marx a Kosygin*. P.R.B. Vol. I, Núm. 3, octubre de 1967.
- Punta del Este*. P.R.B. Vol. I, Núm. 1, junio de 1967.
- Las Naciones Unidas y el problema de la población, 1966*. Vol. I, Núm. 2, julio de 1967. P.R.B.
- Caracas: ¿un adelanto?* P.R.B. Vol. 1, Núm. 5, marzo de 1968.
- Las fuerzas económicas de nuestro tiempo* de J. L. Sampedro. Biblioteca para el hombre actual. Ediciones Guadarrama, S. A. Madrid, 1967.
- Problemas del subdesarrollo económico latino-americano* de Alberto Baltra Cortés. E.U.D.E.B.A. Buenos Aires, 1966.